

RESEÑAS DE LIBROS

I. Ediciones y técnica filológica

DE HOZ BRAVO, M^a PAZ, *Inscripciones griegas de España y Portugal*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 40, Madrid, Real Academia de la Historia, 2014, 612 pp.

El reciente trabajo de M^a Paz de Hoz, las *Inscripciones griegas de España y Portugal* (*IGEP*), está llamado a convertirse en una obra de referencia para los estudios de epigrafía griega en España y Portugal. Se integra en la serie monográfica de la Real Academia de la Historia dedicada a la publicación del material epigráfico existente en la Península Ibérica, del que ya han aparecido desde el año 2000 los volúmenes dedicados a las inscripciones hispano-latinas, prerromanas, hebreas e hispano-árabes, todos ellos a cargo de destacados especialistas.

El objetivo de *IGEP* es analizar la presencia griega en la Península y en las Baleares a través de los testimonios epigráficos conservados en griego. Se trata del catálogo de inscripciones escritas más completo y actualizado hasta la fecha, que continúa, amplía y desarrolla los primeros estudios dedicados al tema de García y Bellido y otros más recientes de la propia autora¹.

Como en los demás trabajos de esta serie, *IGEP* comienza con un prólogo, a cargo de Adolfo Domínguez Monedero (pp. 9-10), un *status quaestionis* y un resumen de las principales características del corpus (pp. 13-36). La parte central de la obra consiste en la edición y comentario de las inscripciones (pp. 37-562), que se completa con unos completos apéndices (pp. 563-581), concordancias e índices epigráficos (pp. 583-609) y que se cierra con los créditos fotográficos (p. 610).

El corpus comprende unas 500 inscripciones, de las cuales 61 estaban inéditas. En muchos casos la cantidad y sobre todo calidad de los documentos son limitadas. En su mayoría se trata de textos breves (muchos son letras con valor numérico) o formulars, pocas veces comparables al material de otras zonas colonizadas como Magna Grecia o el Mar Negro. Se excluyen las inscripciones que, aunque encontra-

¹ Vid. A. García y Bellido, *Hispania Graeca* II, Barcelona 1948, y M^a P. de Hoz Bravo, «Epigrafía griega en Hispania», *Epigraphica* 59, 1997, pp. 29-96, «Carmina Epigraphica Graeca Hispaniae», *Studia Philologica Valentina* 11, 2008, pp. 103-135.

das en la península, no proceden de ella, sino que se introdujeron posteriormente, bien en época antigua, bien en fecha más reciente (por ejemplo a través del comercio de antigüedades, pp. 13-14); de ahí que, no se examinen muchas de las inscripciones del MAN. Tienen cabida, sin embargo, algunos textos que presentan dudas respecto de su origen hispano (cf. nn. 87, 154, 260, Apéndice II nn. 6 y 7) o que pueden ser falsos epigráficos (Apéndice III). Sólo se comentan textos no griegos cuando fueron en su momento interpretados erróneamente.

El límite cronológico se fija en el siglo VIII d. C., por lo que se incluyen inscripciones bizantinas. Se intenta ordenar el material según un criterio geográfico. Comenzando por Ampurias, se sigue la dirección de las manecillas del reloj (este, sur y oeste) para culminar con las inscripciones del interior de la península y con las de las Baleares. Según la autora, esta distribución se justifica por la antigüedad de los testimonios y por la importancia del material, pues, por un lado, la antigua Emporion es la única ciudad de origen griego seguro en la Península (y no resultado de una presencia temporal o puntual de población helena) y, por otro, porque los testimonios más antiguos proceden de zonas costeras. Con todo, este criterio no siempre resulta claro. Los textos se agrupan según las provincias españolas y los distritos portugueses actuales y no según las antiguas provincias romanas, lo que conlleva que a veces el material se estudie de manera discontinua: se tratan primero las inscripciones de parte del sur de Andalucía y del nordeste (Almería, Granada, Jaén, Málaga, Cádiz y Huelva), después las regiones más costeras de Portugal, para después volver a Andalucía (Sevilla y Córdoba) y al interior de Portugal (distritos de Beja y Évora). Por otra parte, las inscripciones más antiguas no proceden de Ampurias -las más antiguas son del s. VI a. C.- sino del suroeste de Andalucía, de Málaga (nn. 329-331, VIII-VII a. C.) y Huelva (nn. 334-337, s. VII-VI). En cualquier caso, la complejidad y peculiaridad del corpus dificultan cualquier clasificación geográfica.

El análisis del corpus comienza con un resumen del estado del material y de sus características principales en cada región. Dentro de cada apartado, los textos se clasifican según su cronología y soporte (cerámica, piedra, monedas); en último lugar, aparecen las inscripciones más tardías, judías y cristianas. Se siguen las normas de edición convencionales. Las inscripciones van enumeradas e identificadas con un lema. Se describen el objeto epigráfico, el contexto arqueológico y las circunstancias de su hallazgo y se recogen de manera exhaustiva las referencias bibliográficas de cada inscripción hasta el año 2013. Seguidamente, se presenta el texto con su aparato crítico y a continuación la traducción, el comentario y la interpretación por parte de la autora.

En comparación con la monumentalidad de la obra y la exhaustividad del análisis las imprecisiones y erratas son mínimas. Entre ellas se pueden contar la ausencia de *macron* en Ὠετοπίδε[ς] (nº 7) o las dobles nomenclaturas, por ejemplo, en el empleo de «antefixa» –sin cursiva– (pp. 14, 109) y «antefija» (p. 213) o la confusión

entre «zeda» (cf. pp. 42, 300) y «zeta» (pp.116, 226, 301, 344, 350) para ζ. Algunas veces las referencias internas fallan, como por ejemplo en la p. 14 donde se alude al «dipinto kalós n° 260» cuando en realidad se quiere remitir al n° 89 (el n° 260 es un grafito comercial en griego con unas grafías en íbero), o en el comentario al n° 132 donde se cita dentro del epígrafe el propio texto 132 (p. 127). En contadas ocasiones no se tienen en cuenta todas las lecturas de un texto, así en el n° 1 no se incluye la propuesta de M. L. del Barrio (2007, p. 13) del verbo μὴνέ<θ>ηκε con crasis y omisión de la *theta*.

En cuanto al estilo, la autora prefiere acentuar y transcribir los nombres propios o de las letras a partir del griego antiguo (Aristarchos, Aristoteles, Aristódemos, Pythogenes, epsilon...). Resulta llamativa también la transcripción de *w mediante *f* en *ἐπίκορφος (p.128).

En conclusión, *IGEP* constituye el análisis epigráfico, filológico e histórico más exhaustivo, completo y actualizado del corpus de inscripciones griegas de la Península y de las Baleares. Es producto de una gran labor de erudición y compendio de un estudio de muchos años y apto tanto para un público especializado como diletaante. Este trabajo viene a completar así una laguna señalada desde hace tiempo en los estudios de epigrafía griega.

PALOMA GUIJARRO

APULEYO DE MADAUROS, *Apología o Discurso sobre la magia en defensa propia, Floridas*, Prólogo de *El dios de Sócrates*. Introducción, traducción y notas de Juan Martos, Alma Mater, Colección de autores griegos y latinos, Madrid, CSIC, 2015, CVI + [257] pp.

En el año 2003 aparecían en la colección «Alma Mater» del CSIC los dos volúmenes de *Las metamorfosis o El asno de oro* con la edición crítica y la traducción española de la conocida novela de Apuleyo, obra del profesor Juan Martos, de la Universidad de Sevilla, que tan bien acogida fue en su momento².

El volumen que ahora presentamos, que contiene la edición crítica y la traducción española de la producción oratoria conservada de Apuleyo, obra también del profesor Martos, debe mucho a su edición y traducción de *Las metamorfosis*, de la cual es «continuación natural», según afirma el autor, no sólo porque se haya publicado

² Cf. la reseña de V. Hunink, publicada en la *BMCR*, 2004 y disponible en <<http://bmc.brynmawr.edu/2004/2004-12-14.html>>, quien afirma: «This Spanish *Metamorphoses* has many qualities that would seem to earn greater international attention than Spanish publications in the field of classics usually get».

en la misma colección —y mucho de lo que se dijo en 2003 sirve igualmente ahora para este volumen—, sino también porque *Apología* y *Floridas* se basan en la misma tradición manuscrita de *Las metamorfosis*, amén de que *Apología* se ha usado para tratar de datar la novela —al saberse con bastante seguridad que la vista en que Apuleyo debió de pronunciar su discurso en defensa propia fue el año 158 o 159 d. C.—, sin olvidar las similitudes que la crítica ha puesto de relieve entre ambas. Por ello no nos debe extrañar que el autor haga constantes referencias a su edición de las *Metamorfosis* sobre todo en su rico aparato de notas al pie.

En cuanto a los criterios que ha seguido para fijar el texto latino de la producción oratoria de Apuleyo, según confesión propia, aunque se ha servido de las anotaciones de Oudendorp, quien recopiló toda la crítica desde el Renacimiento, y ha estudiado la recopilación de Helm, así como las ediciones de Hildebrand (1842), Krüger (1864 y 1865) y Van der Vliet (1900) —además de las ediciones críticas y comentarios aparecidos posteriormente—, el trabajo esencial se ha llevado a cabo a partir de la colación de los manuscritos fundamentales, sobre todo del Laurentianus Plut. 68.2 (*F*), del que en última instancia dependen todos, aunque también ha prestado atención a *C*, la copia más antigua, así como al mejor de los descendientes (ϕ) y a los manuscritos de la clase I de Robertson. Martos también ha hecho uso de la *editio princeps* de 1469, obra de Giovanni Andrea Bussi, y de una de las primeras impresiones, la segunda Juntina, de Philomathes.

Respecto al texto latino del prólogo de *El dios de Sócrates*, éste se basa en las ediciones de Beaujeu (1973) y, sobre todo, de Moreschini (1991), aunque también ha leído los manuscritos principales, el Bruxellensis (*B*), el Monacensis (*M*) y el Laurentianus (*L*).

Digna de mención es la extensa Introducción general que abre el volumen, con un total de 106 páginas, de las cuales, una parte muy importante, como es lógico, está dedicada a *Apología*, magnífico ejemplo de discurso en defensa propia frente a una acusación de magia, que además constituye la única pieza de oratoria judicial romana que nos ha llegado desde las obras de Cicerón.

Además de informar en detalle de todas las circunstancias que debieron rodear la acusación contra Apuleyo y el propio proceso, Martos fija su atención en tres hechos fundamentales: primero, cómo Apuleyo basó su defensa no en la refutación de los cargos, sino en el desprecio y ridiculización de los argumentos de la acusación, a la vez que pasaba de puntillas o, directamente, obviando cualquier referencia a la magia o a la hechicería³; luego, que la mayoría de los procedimientos retóricos de que se

³ De hecho, en el último tercio del discurso, es decir, la parte referida a su relación con Pudentila y la boda, su argumentación se aleja de los argumentos que sostenían la acusación para dirigirse a cuestiones más tangibles, como el tema legal y económico, que es lo que en el fondo parece haber sido el motivo último del proceso.

sirvió Apuleyo para apuntalar su defensa, aunque nos puedan resultar sorprendentes hoy día, contaba ya con antecedentes en la práctica oratoria o en las obras teóricas de los antiguos: así, el empleo de medios de ataque o defensa que no tengan que ver con los cargos que se están dirimiendo es una estrategia analizada ya por Quintiliano; el hecho de desviar los razonamientos hacia un elogio de las letras ya lo vemos en el *Pro Archia* de Cicerón, en quien también podremos encontrar el recurso a la ridiculización de los enemigos por defectos físicos, por su edad, por falta de instrucción o por su condición moral, muy presentes también en *Apología*. En fin, Apuleyo trata de dar de sí mismo la imagen de sabio —para lo cual exhibe sus vastos conocimientos siempre que puede— y de persona intachable, que no se conduce por otros intereses más que los más elevados.

Más breves son las consideraciones que hace Martos respecto a *Floridas*, cuya edición debe mucho, entre otros, a V. Hunink, *Apuleius of Madauros, Florida. Edited with Commentary*, Amsterdam 2001, según reconoce el autor. De esta obra, constituida por fragmentos de discursos pertenecientes a la oratoria epidíctica o demostrativa, quizás lo más relevante es que se trata del mejor ejemplo que conservamos de la producción de la segunda sofística.

Asimismo, Martos incluye en su edición el llamado «falso prólogo» de *El dios de Sócrates*, porque cree que este fragmento no tiene nada que ver con la obra en la que está inserto y, en cambio, guarda muchas similitudes con los textos recogidos en *Floridas*, aunque reconoce que la cuestión está lejos de haber sido resuelta.

Como es habitual en esta colección, dentro de la pervivencia de la obra oratoria de Apuleyo —que se empezó a utilizar sobre todo a partir del siglo XIV— se dedica una atención preferente a su presencia en la literatura española. En este aspecto, se constata escaso conocimiento y uso directo de *Apología* y *Floridas* en nuestro suelo, incluso entre el público más culto. Por eso sorprende descubrir que en el siglo XVIII el padre Feijoo se sirvió muy a menudo de la *Apología* en su *Teatro crítico universal*.

Muy relevante en esta Introducción es la amplísima bibliografía que se incluye y que abarca nada menos que 46 páginas (pp. LVI-CII). El gran volumen de bibliografía reunida tiene su reflejo en el amplio y rico aparato de notas que acompaña tanto a la Introducción como a la traducción, con las que sin duda se podrá resolver cualquier duda que se le pudiera plantear al lector.

Respecto a la traducción, echamos en falta una declaración expresa del autor de cuáles han sido sus objetivos con la misma⁴. No obstante, una simple comparación entre el texto latino y su versión española deja bien claro que lo que le ha guiado es su deseo de poner a disposición del lector un texto claro, cuyas ideas y argumentos

⁴ Este reproche también se lo hizo Hunink respecto a las *Metamorfosis*: «but hardly says a word on his methods and aims as a translator».

sean fáciles de seguir, más que un intento de trasladar al castellano los rasgos propios de la lengua y el estilo de Apuleyo.

Cierra el volumen un *Index nominum*, con la relación alfabética de los nombres propios que aparecen en cualquiera de los tres textos.

Como conclusión, digamos que, aunque es cierto que una de las principales virtudes de este libro consiste en poner a disposición del especialista un texto latino muy fiable, después de haberlo fijado sirviéndose de las propuestas de los sucesivos editores y de los manuscritos más importantes, que el autor ha colacionado, no lo es menos que este trabajo va a permitir también acercar al lector medio, no especialista, una parte de la producción del madaurense ignorada normalmente por este tipo de público, gracias sobre todo a su clara traducción y al gran volumen y variedad de las notas que incluye, capaces por sí solos de resolver cualquier cuestión que la lectura del texto pudiera suscitar.

CRISTÓBAL MACÍAS
Universidad de Málaga

GRILLONE, ANTONINO, *Gromaticæ militaris: lo ps. Iginio*. Prefazione, testo, traduzione e commento. Collection Latomus 339, Bruxelles, Éditions Latomus, 2012, 269 pp + 6 lám.

Antonino Grillone (Universidad de Palermo) ha consagrado en los últimos años varias publicaciones al tratado del Ps. Higino, *De metatione castrorum*, abordando básicamente la obra desde una perspectiva lingüística. El trabajo que aquí se comenta, además de un denso estudio sobre el lenguaje, proporciona una edición completa de este texto técnico, sin duda útil para lingüistas especialistas en textos técnicos, pero también para investigadores de la historia y de la arqueología militar de Roma.

Recoge el autor sus propuestas, ya defendidas en obras previas, sobre el autor, el título y la datación del tratado. Se identifica como un geómetra especializado en el ámbito militar, de nombre desconocido, confundido antes con el agrimensor Higino, por la posición de este tratado en el manuscrito original. Grillone defiende, con acierto, la sustitución del título otorgado por los copistas (*Liber de munitionibus castrorum*) por el de *Liber de metatione castrorum*, habida cuenta del limitado peso que los aspectos relacionados con la fortificación tienen en la obra. Los elementos de datación son escasos; a partir de rasgos léxicos del opúsculo, A. Grillone se inclina por los primeros años del siglo III. Es posible reconocer una intención didáctica (cf. 45-47), ya que el autor dedica el texto a un colega más joven.

Tras el extenso prefacio, en el que se sintetizan informaciones contextuales y sobre la estructura del tratado, se refiere Grillone a la historia del texto desde la versión

más antigua conocida del siglo VI (*codex Arcedianus Guelferbytanus* 36.23 Aug. 2^o) hasta las ediciones más recientes del propio A. Grillone para Teubner (1977) y de M. Lenoir para Les Belles Lettres (1979). El corazón del libro es la fijación del texto y la traducción de los 58 capítulos de que consta el tratado. Una tabla de discrepancias aclara las propuestas del autor respecto a ediciones previas.

Sobre el contenido del mismo, frente a la muy citada obra de Vegetio, la de Higino puede ser considerada como el único texto de agrimensura militar, muy próximo en vocabulario a algunos de los tratados de agrimensura, hecho que apoyó la atribución de estas páginas del manuscrito Arcediano al agrimensor Higino.

El objetivo básico es exponer la distribución de las diversas unidades militares dentro del campamento, así como la estructura general de la planta, incluyendo datos sobre la circulación en el interior, vías y puertas. Para sus fines, parte de describir el uso y colocación de la *groma* para trazar la planta del campamento y su relación con las vías pretoria y principal y las puertas. El opúsculo puede dividirse en algunos bloques principales: el primero (1-22) proporciona informaciones generales sobre las características y tipo de tropas para las que diseña el campamento, estructura general y algunos cálculos básicos, como el módulo de referencia para infantes y jinetes; en una segunda parte (23-44), detalla su propuesta de *metatio*, articulada en las tres zonas principales en las que divide el campamento (*praetentura*, *latera praetorii* y *retentura*) y basada en la distribución simétrica de las unidades que se han de instalar en cada una; tres capítulos (45-47) cierran la explicación de la aportación del autor y de la intención de la obra. Por último, los capítulos 48 a 58 se dedican a ciertos aspectos de la fortificación: *fossa*, *uallum*, *ceruoli*, *coxae*, *clauiculae* y *titula*, así como a los requisitos básicos del espacio elegido para la instalación militar.

El modelo de campamento que describe Higino evoluciona morfológicamente desde las instalaciones tardorrepúblicas (rectangulares y con esquinas redondeadas, frente al modelo polibiano) y responde a una voluntad de una cierta estabilización de estos asentamientos militares. El mayor tamaño y complejidad espacial del campamento que diseña el Ps. Higino (destinado a tres legiones) se traduce en la división interna en tres grandes sectores (*praetentura*, *latera praetorii* y *retentura*), un mayor número de viales (de anchuras diversas según sus funciones) y una planta *tertiata* (1/3 más larga que ancha). El Ps. Higino se centra en la geometría del campamento, modulando vías y también el espacio asignado a las diversas unidades, partiendo de un módulo básico para infantes (1 1/5 pies) y caballeros (3 pies). Sus cálculos para tropas legionarias y el resto de los contingentes (*supplementa: auxiliarii, gentes, nationes, symmacharii*) son teóricos y siempre indica que hay variaciones según el número de hombres y las particularidades del emplazamiento.

Solo uno párrafo al final del texto (48-58) están centrados en los aspectos de la fortificación del campamento que conciernen al *ensor* geómetra: el trazado de las esquinas redondeadas (*coxae*), que otorgan a los campamentos su característica planta

en forma de naípe, mejoraban la visibilidad y evitaban la vulnerabilidad de los ángulos rectos en las esquinas del *uallum*, y las entradas en clavícula (*clauiculae*) precedidas por pequeños fosos (*titula*) para evitar ataques frontales. La forma de efectuar el trazo de ambas estructuras es descrita en estas líneas y representada gráficamente por A. Grillone. Estos términos forman parte de la nómina de vocablos técnicos que solo aparecen en el tratado del Ps. Higino, o que se utilizan con acepciones distintas, aspecto al que A. Grillone dedica particular atención en su estudio, estableciendo comparaciones con otros textos técnicos de agrimensura, en especial el de Balbo.

Para estudiosos de los tratados técnicos latinos, pero también para historiadores y arqueólogos — que se enfrentan sobre el terreno a este tipo de estructuras— resulta particularmente útil el extenso comentario que cierra el volumen, así como el apéndice que clasifica y define el vocabulario técnico y no técnico.

En suma, se trata de una edición que contiene un rico material — quizás habría sido deseable una mayor presencia de referencias a la arqueología militar romana, que cuenta con recientes trabajos del máximo interés— y sintetiza décadas de un riguroso trabajo del Prof. Grillone consagrado a este tratado y su autor.

ALMUDENA OREJAS SACO DEL VALLE
Instituto de Historia, CSIC

II. *Lingüística*

SUÁREZ MARTÍNEZ, PEDRO MANUEL, *Catégories grammaticales, systèmes grammaticaux et autres questions de linguistique latine*, Hildesheim-Zürich-New York, Georg Olms Verlag, 2012, XXIII + 433 pp.

Comienza este libro con un prefacio de J.L. Moralejo, firmado en 2007, que elogia al autor por no haberse estancado en el estructuralismo en boga en su periodo formativo, abriéndose a nuevas tendencias como el funcionalismo holandés⁵, y por su interpretación libre y personal de fenómenos controvertidos en la lingüística latina. Siguen dos prólogos del autor, uno de 2007, en que explica las circunstancias y la estructura de la obra, y otro de 2012, donde da cuenta del motivo del enorme retraso de la publicación.

El libro se compone de veintiún capítulos organizados en tres partes. La primera (pp. 3-109) analiza las relaciones entre lingüística y filología. ¿Pertenece la lingüística a la

⁵ He aquí, con todo, la opinión de PMS sobre esta corriente (p. 209): la gramática funcional es muy útil para el estudio de la componente semántica y pragmática, pero no aporta nada a la sintaxis.

filología? La lingüística ha nacido de los textos y no puede vivir sin ellos, aunque pueda haber lingüísticas no filológicas, como la lingüística general. En realidad, no se oponen por su objeto, sino por su jerarquización, pues la filología engloba la lingüística, la literatura y la crítica textual. En el segundo capítulo (pp. 19-31) se analizan las relaciones entre filología y gramática y en el tercero (pp. 33-42) las relaciones entre gramática y lingüística, que ha ido más allá de los tres campos usuales de la gramática (fonética, morfología y sintaxis), extendiendo su estudio al léxico, la métrica o la estilística, además de ocuparse no solo de lo que se dice, sino también de lo que se quiere decir (pragmática).

En el cuarto capítulo (pp. 43-45) se analiza el *boom* de la lexemática y el papel de B. García-Hernández en su aplicación a la lingüística latina, cuya utilidad didáctica impugna: no cree que al principiante deba enseñársele léxico, sino más bien gramática; si hay que enseñar vocabulario, prefiere partir de diccionarios de frecuencia. Privilegia, pues, el estudio atomista de las palabras más frecuentes, en lugar de un estudio sistemático que saque partido de la regularidad léxica que se manifiesta en las estructuras lexemáticas.

El capítulo V (pp. 57-84) se dedica a las funciones del lenguaje. A las propuestas por Bühler, Jakobson y Perrot añade la «translingüística», que permite decir cosas sin decir las explícitamente, y la «analítica», que identifica los primeros elementos funcionales de cada lengua y su combinatoria. El capítulo VI (pp. 85-97) estudia la relación entre la traducción y las funciones del lenguaje y el VII (pp. 99-109) la utilidad del latín (cultural, filológica y social).

La segunda parte, la más extensa (pp. 113-441), se centra en las categorías y sistemas gramaticales. En el capítulo VIII (pp. 119-146) se define el concepto de «categoría gramatical», que debe cumplir tres condiciones: es una unidad de la tercera articulación (la de los contenidos sin forma), está unida a ciertos tipos de palabras y su expresión (asignada o no a un morfema específico) es obligatoria. Los elementos que conforman una categoría constituyen sistemas, organizados en virtud de oposiciones. Para que un término pertenezca a la categoría no basta con que muestre indiferencia a su contenido básico: tiene que tener la capacidad para negarlo.

En el capítulo IX (pp. 147-168) se analiza el modo, cuya noción básica es, siguiendo a Mariner, la de ficción o subjetividad. El indicativo es el modo cero, indiferente a la noción básica de subjetividad. El imperativo es ficción, pero marcada además por la noción de orden o mandato. Considera al subjuntivo, frente a Mariner, un único modo, cuyos sentidos potencial e irreal son resultado de la combinación del valor subjetivo-fictivo con la noción de tiempo correspondiente. En el capítulo X (pp. 169-176) se estudia la subordinación con imperativo.

En el capítulo XI (pp. 177-194) se analiza la voz, cuya noción básica es la sensibilidad o no al valor de «afección». Para establecer los términos que constituyen la categoría deja aparte los verbos deponentes y neutros: solo hay dos voces morfológicas bien definidas, la activa y la pasiva, pues la media es solo una pasiva intrínseca.

La activa es una «voz cero», con sus dos valores típicos, mientras que la pasiva es siempre y solo pasiva (si se toma la precaución de omitir del análisis, claro está, los deponentes). La pasiva impersonal (capítulo XII, pp. 195-208) convierte al verbo en protagonista de la predicación, lo que da lugar a una predicación verbal pura.

El capítulo XIII (pp. 209-244) se dedica al dativo, para el que no acepta el valor de «interés» postulado por Rubio o Moralejo, sino el de independencia léxica con respecto al verbo.

Con el capítulo XIV (pp. 245-261) entramos en los sistemas gramaticales. Mientras que las categorías pertenecen a la tercera articulación, los sistemas deben atribuirse a la primera. Frente a las categorías, los miembros de un sistema no son sensibles a ninguna noción básica, sino que se inscriben en él porque comparten un contenido léxico, más o menos abstracto. Mientras que los miembros de una categoría solo pertenecen a esa categoría, los de un sistema pueden también funcionar en otros. Las categorías y los sistemas gramaticales coinciden en poseer un contenido cuya expresión es obligatoria para determinada clase de palabras. Los capítulos XV y XVI (pp. 263-299) estudian el sistema fórico y el XVII (pp. 301-345) el de los indefinidos.

En la tercera parte («Fonctionnalisme et relations syntaxiques», pp. 350-411), se estudia primero (capítulo XVIII, pp. 351-372) el estatuto sintáctico del sujeto. La consideración del verbo como núcleo de la frase es un aserto infundado: puesto que toma el número y la persona del nombre, y no a la inversa, es este el elemento capital de la proposición.

El capítulo XIX (pp. 373-381) ilustra cómo la conmutación, criterio para identificar unidades lingüísticas, se ha utilizado también para identificar funciones sintácticas, lo que es pertinente para algunas, como el sujeto, pero no para otras, como el objeto.

El capítulo XX (pp. 383-403) discute la primacía del verbo en la proposición defendida por Alarcos, y su corolario del sujeto como simple adyacente. Para PMS el núcleo de la proposición es el nombre y toda ella se corresponde con un sustantivo complejo al que se añaden tantos complementos –nominales o verbales– como sea necesario. Todas las subordinadas deben reducirse a un solo tipo, las sustantivas, aunque no todas las oraciones consideradas tradicionalmente subordinadas lo son; no lo son las que funcionan como sujeto, ni ciertas oraciones adverbiales como el *cum* completivo o el *si* completivo-circunstancial.

El último capítulo (pp. 405-411) se dedica, en fin, a las «construcciones de cualidad»: genitivo y ablativo de cualidad, y, como novedad, el acusativo de relación.

El libro se cierra con las Referencias bibliográficas y la Tabla de materias. No se ofrecen, en cambio, índices onomásticos, analíticos o de pasajes citados y/o interpretados.

A pesar del enorme retraso con el que este libro ha salido a la luz, no puede decirse, desde luego, que se trate de un nuevo parto de los montes. PMS, en efecto,

presenta una serie de estimulantes análisis sobre diversas cuestiones de lingüística latina. La aplicación rigurosa de su método, la capacidad para hacer propuestas nuevas en un campo en el que todo parece ya dicho y su actitud decidida de poner todo en cuestión son factores que recomiendan este libro, aunque quizás se encuentre en esto último uno de sus posibles defectos, pues resulta un tanto estomagante leer a cada momento que todo el mundo hasta ahora –de una manera o de otra y en todos los casos– estaba, de algún modo, equivocado. Por otra parte, aun cuando el *modus argumentandi* resulta, en general, coherente, se detecta a veces cierta circularidad, como cuando se sostiene que «... ni les unités de la Seconde Articulation ne sont comparables avec celles de la Première et Troisième Articulations, ni la neutralisation n'est possible ni nécessaire» (p. 139); que las unidades de cada articulación no sean comparables no implica necesariamente que no pueda haber neutralización, sino, simplemente, que la neutralización será de un tipo diferente, lo que puede también extenderse a sus opiniones sobre las estructuras léxicas, en las que se echa en falta un poco más de reflexión. Por otra parte, algunas aserciones parecen discutibles; creo, en efecto, que yerra cuando sugiere (p. 189) que *Amicus donatur libris* es un equivalente pasivo de *Puer donat libros amico*, pues lo es en realidad de *Puer donat amicium libris*. Y tampoco resulta convincente cuando objeta, frente a la idea de Touratier de que la pasiva reduce la valencia verbal en un grado, el contraejemplo de las pasivas tripartitas, porque no parece que el llamado ablativo agente constituya, propiamente, una valencia. La estructura del libro, en fin, parece un poco forzada, y hace pensar en una superestructura impuesta a una serie de asuntos sobre los que el autor no quería dejar de hablar. Quizás haberse limitado a presentar más exhaustivamente una sola de las cuestiones abordadas, por ejemplo, las categorías gramaticales, ofrecería una monografía más homogénea y una aportación a la lingüística latina, por así decir, más *redonda*. Pero nada de esto quita un ápice de su valor a un libro que ningún especialista en lingüística latina debería dejar de leer.

ANTONIO MARÍA MARTÍN RODRÍGUEZ
ULPGC

III. *Literatura y filosofía*

GIANNINI, PIETRO, *Homerica et pindarica*. Filologia e Critica 98, Pisa-Roma, Fabrizio Serra Editore, 2014, 99 pp.

El presente volumen puede considerarse en buena medida (pero no sólo) un complemento o *parergon* a la edición comentada de las *Olimpicas* publicada en 2013 en la

que su autor participó⁶. La primera parte, más breve (*Homerica*, pp. 13-36), profundiza en la cuestión de la prehistoria del hexámetro, a partir de la teoría expuesta en 1977 por Bruno Gentili y el propio autor⁷ y adoptada luego en sucesivos trabajos del propio Gentili y de Liana Lomiento⁸. Como es sabido, esta orientación genética del hexámetro está en estrecha relación con las propuestas de colometría de los poemas pindáricos defendidas y desarrolladas por el grupo de Urbino en edición de las *Piticas*⁹ y en la mencionada de las *Olímpicas*. La segunda parte (*Pindarica*, pp. 39-93) se subdivide en dos capítulos, uno en el que incluyen notas detalladas a pasajes de algunas de las *Olímpicas* (concretamente, las números 6, 7, 8 y 9, que son las comentadas por el autor en la edición), calificadas como «Note integrative alle *Olimpiche* di Pindaro» (pp. 39-72); y un segundo titulado «Tra filologia e semiologia» (pp. 73-93), en el que se desarrollan reflexiones sobre la relación indicada en el título y sobre la importancia del contexto a propósito de las *Olímpicas* 6, 8 y 9.

El capítulo 1 de la primera parte («I prosodiaci della tradizione antica e l'origine dell'esametro», pp. 13-29) aporta nuevas reflexiones a la teoría métrica de partida, a saber, el convencimiento de la naturaleza *prosodiaca* de los *cola* que han acabado confluyendo en el hexámetro, para insistir luego en que, en las fuentes antiguas, el término prosodiaco se aplica a estructuras métricas que están compuestas de un jónico (*a maiore* o *a minore*) y un coriambo. Los argumentos desarrollados por el autor se refieren, primero, al concepto de «tetrámetros prosodiacos», utilizado por Dionisio de Halicarnaso, definición que se considera compatible con la doctrina antigua acerca de los *kat-enoplion* epítritos. Por otra parte Giannini observa que, de hecho, para Dionisio el hexámetro dactílico sería una de las formas del tetrámetro prosodiaco. A partir de aquí, se analizan los indicios de la presencia de estos elementos en el hexámetro épico y se concluye esta parte con un «intento de reconstrucción histórica». Subrayo una afirmación representativa de esta parte: «En definitiva, el hexámetro no es más que una estructura jónico/coriámbrica pasada al ámbito dactílico/anapéstico. Es por tanto un puente entre dos de las

⁶ Pindaro. *Le Olimpiche*. Introduzione, testo critico e traduzione di Bruno Gentili. Commento a cura di Carmine Catenacci, Pietro Giannini e Liana Lomiento, Milano, Fondazione Lorenzo Valla - Arnoldo Mondadori Editore, 2013. Véase mi reseña en *Emerita* 83, 2015, pp. 165-191. En dicha edición se remite con frecuencia a esta obra, entonces aún en prensa.

⁷ «Preistoria e formazione dell'esametro», *QUCC* 26, 1977, pp. 7-51.

⁸ Vid. por ejemplo B. Gentili – L. Lomiento, «Colometria antica e filologia moderna», *QUCC* 69, 2001, pp. 7-22; id., *Metrica e ritmica. Storia delle forme poetiche della Grecia antica*, Milano, Mondadori, 2003.

⁹ *Pindaro. Le Pitiche* (a cura di Bruno Gentili, Paola A. Bernardini, Ettore Cingano e Pietro Ginanni), Milano, Fondazione Lorenzo Valla-Arnoldo Mondadori Editore, 1995; véase mi reseña en *Minerva* 10, 1996, pp. 175-177.

grandes¹⁰ áreas métrico-rítmicas que podemos situar en los orígenes de la poesía y de la música griega» (a saber, la jónico/coriámbica, la dactílico/anapéstica y la yámbico/trocaica). El capítulo 2 («Le sofferenze dell'esametro e la loro 'cura'», pp. 30-34)¹¹ comenta diversas fuentes antiguas acerca de los πάθη del hexámetro, muy especialmente Eustacio, en las que se observa que dichas afecciones podían «curarse» en el plano del ritmo, sin otro tipo de intervenciones textuales, sin la errónea creación de formas artificiales sustitutivas. El breve capítulo 3 («Gli abusi degli 'allungamenti' in Omero», pp. 35-36) es un comentario del pasaje de la *Poética* aristotélica (1458a18 ss.) en que se habla, a propósito del lenguaje poético, del fenómeno de los alargamientos en Homero y en el desconocido poeta Euclides: éste satirizaría una práctica de rapsodos de los siglos V-IV a. C. que suponía un abuso de un fenómeno mucho más escaso en Homero¹².

Las notas exegéticas constituyen el tema del capítulo 1 de la segunda parte («Note integrative alle *Olimpiche* di Pindaro», 39-72) y, como juicio personal, debo decir que es la sección de mayor interés. Acerca de la *Olimpica* 6 los puntos tratados son los siguientes: 1. Datos sobre el linaje de los Yámidas, donde se reúne un completo elenco de noticias sobre el mismo. 2. Observaciones sobre la metáfora que enlaza el atrio de la casa con el proemio de la oda. 3. La variante pindárica (frente a otras fuentes, como Eurípides) del elogio fúnebre a Anfiarao por Adrasto (y no sólo de Capaneo, Etéoclo, Hipomedonte y Partenopeo). 4. Observaciones sobre el uso de los epítetos δύσερις y φύλονικος en el elogio de Agesias y su trasfondo judicial. 5. La imposibilidad de que, según la versión pindárica, Evadne fuera una 'trovatella' y no legítima hija de Pítana. 6. La localización de Fesana. 7. La clasificación botánica de las violetas de Íamo. 8. Sobre μετάλλασεν (v. 62) y la ubicación de Apolo (propone, con Fennell, Olimpia). 9. Se plantean (en relación con lo anterior) dos oráculos en Olimpia: primero uno apolíneo y luego el de Zeus (pero, en mi opinión, lo primero no es necesario para entender el texto; es decir, no hay por qué proceder a una propuesta arqueológica). 10. Sobre la metáfora del yunque y la lengua afilada (que no veo tan necesitada de exégesis, si bien el análisis es correcto). 11. El instructor Eneas y el coro (a propósito de σκυτάλη, con aceptación de una alusión –Fennell– al manuscrito del poeta).

De la *Olimpica* 7 se analizan los siguientes puntos. 12. La cuestión genealógica, con confirmación epigráfica de la forma Eratidas y con una propuesta minuciosa de carácter genealógico acerca de los Dagóridas, sumando los datos de Píndaro y Pausanias (se acompaña un cuadro ilustrativo, p. 51), si bien, como señala el autor, queda pendiente fijar la relación entre la «tribu» de los Eratidas y la «casa» de los Diagóridas. 13. Defensa

¹⁰ En el original italiano se ha colado la errata «gradi» por «grandi».

¹¹ Corriójase en l.3, «coma» en «come».

¹² Corriójase: l. 15 «bisogno due» en «bisogno di due»; l. 19 «volega» en «voleva».

de una primera migración tebana a Rodas, previa a la doria. 14. Observaciones sobre el episodio de la muerte de Licimnio por Tlepólemo y su trasfondo jurídico. 15. Sobre la *gnome* referida a la labor del artista. 16. Acerca de la supresión de la presencia de los Telquines en el mito del origen de Rodas (modificado en Píndaro). 17. Nueva modificación pindárica de la ascendencia local, con supresión de la ‘culpa’ de los Helíadas.

En cuanto a la *Olimpica* 8, se comenta primero la particularidad del mito de la participación de Éaco en la construcción de los muros de Troya y su integración en la oda (que incluye elogios para Alcimedonte de Egina, el vencedor, pero también para su hermano Timóstenes y el entrenador Melesias). 18. Sobre la importancia de los extranjeros en Egina y la metáfora de la balanza en vv. 23-25. 19. Sobre el problema de la presentación de un Éaco constructor e muros de Troya y, a la vez, la insistencia en el carácter dorio de la isla (posible compromiso con la familia del vencedor). 20. Observaciones sobre la parte débil del muro de Troya (a propósito de la participación de Éaco) y el uso del adverbio ἄντιον. 21. Innecesario τερτάτοις (eol. ‘terceros’) por τεράτοις (‘cuartos’) en v. 47 (pero hay que considerar un caso de «cómputo inclusivo» de generaciones: es la tercera *después* de Éaco). 22. Interesante defensa de la lectura (en v. 52) δειράδ(ι)... δῶτα κλυτάν. 23. Sobre la interpretación de la construcción εἰ + indicativo de aoristo en vv. 54 ss. 24. Relación de la mención de κόνις con inscripciones sepulcrales.

De la *Olimpica* 9 se comentan los siguientes puntos: 25. La mención del canto de Arquíloco (con precisiones sobre el «ritornello» τήνελλα καλλίνικε. 26. La nave alada debe identificarse con la ὀλκάς. 27. A propósito de la observación del escolio sobre una velada alusión a Simónides, con un importante análisis de fuentes y la propuesta de que ya en Simónides estaba fijada la estructura del epinicio. 28. Sobre la referencia a Patroclo junto a Aquiles en el episodio de Misia (lo que dejaría implícita su relación amorosa).

Por último, el capítulo 2 de esta segunda parte contiene una primera sección con un planteamiento teórico del comentario de texto («Premesse teoriche. Le ragioni del Testo e del contesto», pp. 73-79), con referencias a la teoría de la comunicación y a otras teorías más recientes narratológicas y de pragmática del texto, junto con reflexiones sobre el comentario del texto y su interpretación. Esta toma de postura teórica se ilustra, como ya hemos dicho («Esempi pratici. La funzione del contesto nell’interpretazione di un testo», pp. 79-93), con pasajes de la *Olimpica* 6 (para la cuestión texto-contexto), 8 (aclaración de un pasaje sobre el criterio de contigüidad/continuidad textual) y 9, una oda muy difícil para una contextualización precisa a la que se dedican valiosas observaciones sobre el uso lingüístico de Píndaro, cuestiones de *realia*, tradición mítica y genealogía (cf. cuadro en p. 93).

El volumen se cierra con el desarrollo de las abreviaciones bibliográficas (pp. 94-98) y una página de ilustración con imágenes de los *kouroi* de Camiro (p. 99).

En resumen, esta obra es un complemento necesario para apreciar la excelente contribución de su autor y del grupo de Urbino a la valoración y mejor comprensión

del texto pindárico, y es inseparable de la edición ya reseñada. Si el lector aprecia en las líneas precedentes escasísimas discrepancias con el autor es precisamente porque comparto prácticamente todas las interpretaciones desarrolladas aquí por Pietro Giannini con magnífica precisión filológica, como podrá apreciarse en mis propias elecciones de traducción del texto pindárico¹³.

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE
UPF

VAN DIJK, GERT-JAN, *Aesopica Posteriora. Medieval and Modern Versions of Greek and Latin Fables*, Genova, Dipartimento di Antichità, Filosofia e Storia (Sezione D.AR.FI.CL.ET.), 2 vols., 1369 pp.

Esta edición complexiva, en inglés, de las fábulas greco-latinas que han llegado a nosotros, junto con sus derivados medievales y modernos, será desde ahora indispensable como base documental de un campo de estudios que cada vez despierta mayor interés. Como dice el autor en sus *Prolegomena* (vol. I, p. 7), «el libro no es completo, pero es más completo que otros libros sobre el tema».

He de decir que el autor trabajó conmigo durante años, tras haber sido profesor en universidades holandesas, luego, hasta ahora mismo, investigador privado. El libro, en realidad, continúa mi *History of the Graeco-Latin Fable*, a la que añade muchos materiales, pues da una definición muy amplia de la fábula como «narrativa fictiva y metafórica» y la persigue más lejos que mi libro en sus sectores medievales y modernos. Es indispensable. Sólo falta que alguien se decidiera a hacer algo comparable para la Fábula del antiguo Oriente (India, Persia, Egipto, etc.) y de los diversos pueblos del mundo.

Para la fábula de tradición greco-latina es la colección de materiales más completa que tenemos, como ya digo en mi Prefacio sobre la personalidad del autor. Siguen unos «Prolegomena» que he citado, luego unas «Gracias» a la multitud de estudiosos que le han ayudado, unas «Abreviaturas», una amplísima «Bibliografía» de estudiosos y trabajos sobre la fábula (nada menos que setenta páginas) y el cuerpo del libro: una relación de 1568 fábulas con su argumento, más la relación de las versiones particulares, en los grandes grupos de versiones antiguas (griegas y latinas), medievales diversas, medievales y modernas, siempre con indicación de las fuentes.

Cada una de las 1568 fábulas va encabezada con la relación de los animales y otros protagonistas, sigue el argumento y la indicación de las variantes.

¹³ *Píndaro. Obra completa*, Madrid, Cátedra, 1988.

El libro es accesible mediante un amplio índice (150 páginas) de personajes o protagonistas, p. 1219 ss.

Esta reseña no quiere ser otra cosa que una pequeña guía para encontrarse y manejarse dentro de este libro, dentro de los tesoros bibliográficos que recoge y reseña. En nuestro mundo atareado sólo un estudioso dedicado íntegramente a la Ciencia puede embarcarse en una obra como esta, es para mí un honor el haber ayudado en alguna medida a su gestación y un gozo el verla ahora concluida.

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS
ILC, CSIC

RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO, *El cuento erótico griego, latino e indio*. Ilustraciones de Antonio Mingote, Barcelona, Ariel, 2013, 352 pp.

El Prof. Rodríguez Adrados había publicado en Ediciones del Orto (Madrid 1994, pero con depósito legal de 1993) una primera edición de este libro, que constaba entonces y sigue constando ahora de dos partes bien diferenciadas: una preciosa antología, compilada y traducida por él mismo, de los mejores cuentos eróticos griegos, latinos e indios, y un magnífico estudio sobre el mismo tema, desarrollado en cinco epígrafes, respectivamente titulados «Cuento erótico y literatura griega clásica», «Las fuentes del cuento erótico aquí recogido», «El cinismo, el cuento erótico y su temática», «Conclusión» y «Apéndice» (con una admirable versión del *Himno homérico a Afrodita* que no figuraba en la primera edición de esta obra, en la que, por cierto, se invertía el orden en que aparecían la antología y el estudio, figurando este antes que aquella, al contrario de lo que ocurre en la primorosa edición objeto de este comentario, que podríamos tildar de definitiva).

El erotismo es, como el amor (recuérdese *L'Amour et l'Occident*, el inolvidable tratado de Denis de Rougemont, cuya edición de 1972 tengo ahora a la vista) un invento cultural que nace en un determinado momento de la historia del hombre. Fue en Grecia, como tantas otras cosas (cf., del propio Adrados, *El reloj de la Historia*, Barcelona, Ariel, 2006), donde ese erotismo emprendió su camino en la narrativa universal. Ya Homero en la *Odisea*, en boca del aedo Demódoco, refiere los amores de Ares y Afrodita, cazados in fraganti por el celoso Hefesto, y el citado *Himno homérico a Afrodita* nos cuenta los amores de la diosa con el mortal Anquises, que dieron como fruto a Eneas, el padre putativo de Roma. No son muchos los ejemplos de relatos eróticos en la literatura griega clásica. Hemos de acudir a las colecciones de fábulas de época helenística, desde la *Colección Augustana* hasta Babrio y la bizantina *Colección Accursiana*, pero también a las *Vidas* noveladas —la de Esopo, sobre todas, pero también la de Alejandro Magno del Pseudo-Calístenes o la vida del filósofo Secundo, que hizo voto

de silencio, impresionado por la lujuria de las mujeres (incluida su propia madre)—, para encontrar cuentos eróticos dignos de ese nombre. Esos relatos se difundieron en Occidente gracias a Roma y a autores latinos como Fedro, Apuleyo y Petronio, y a colecciones medievales como la *Disciplina clericalis* del judío aragonés Pedro Alfonso. En Oriente, la expansión alejandrina de lo helénico alcanzó la India aria, incorporándose esos cuentos al acervo literario local y creándose colecciones de los mismos en lengua sánscrita tan importantes como el *Pañcatantra* o el *Hitopadesa*, que a su vez influyeron en el Medievo occidental a través del mundo árabe, en el que sobresale esa obra maestra de la narrativa erótica universal que son *Las mil y una noches*, traducidas al francés por Antoine Galland a comienzos del siglo XVIII.

De todo esto nos habla, con su habitual maestría, Francisco R. Adrados en este libro, que presenta en su primera parte —como ya dije— una antología, traducida íntegramente por el autor, del cuento erótico griego, latino e indio en doscientas cincuenta páginas. Las cien que restan las dedica el maestro a trazar un estudio sobre las fuentes griegas, latinas e indias de ese tipo de relatos, y a adscribir a una de las principales escuelas filosóficas helenísticas, ni más ni menos que el Cinismo, la «ideología» del cuento erótico, que desarrolla una temática acorde con los principios teóricos que presiden dicha filosofía. Para que la felicidad sea completa, el genial y llorado Antonio Mingote enriquece el volumen con unos divertidísimos dibujos de línea en blanco y negro, incluido uno a todo color como motivo de cubierta, que ilustra el cuento «La comadreja y Afrodita», procedente de la *Colección Augustana*.

Estos cuentos eróticos de Rodríguez Adrados, tan pulcramente traducidos e introducidos por él mismo, tienen todo el aspecto de obtener, a la corta y a la larga, una importante aceptación lectora no solo entre los especialistas, sino entre el público en general, desde el estudioso de la antigüedad clásica hasta el medievalista, pasando por el devoto de la escritura erótica o por el simple consumidor de literatura de entretenimiento. Todos ellos han sido invitados a la fiesta, a la vez erudita y sicalíptica, que *El cuento erótico griego, latino e indio* ha dispuesto de acuerdo con la máxima latina del *docere delectando*. Ninguno de ellos va a salir decepcionado de su lectura.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
ILC, CSIC

RAFFAELLI, RENATO - TONTINI, ALBA (eds.), *L'Atellana preletteraria*. Atti della Seconda Giornata di Studi sull'Atellana. Casapuzzano di Orta di Atella (Ce) 12 novembre 2011, Urbino, QuattroVenti, 2013, 162 pp.

Sumamente escasa y llena de problemas resulta nuestra información clásica sobre la *fabula Atellana*, e igualmente poco abundantes los restos que conservamos de las

obras de sus autores, esencialmente Lucio Pomponio y Novio; por ello, el estudio de este tercer tipo de la comedia cultivada por los romanos resultó siempre problemático y controvertido, obteniendo un desarrollo no todo lo amplio que hubiera sido preciso en las tradicionales monografías de William Beare (*The Roman Stage*, Londres 1950; trad. esp. Buenos Aires 1964, pp. 117-127) y de Ettore Paratore (*Storia del teatro latino*, Milán 1957, pp. 202-205); más sorprendente resulta el hecho de que, a caballo entre ambos tratados, la durante mucho tiempo considerada obra fundamental sobre comedia latina, *The Nature of Roman Comedy*, de George E. Duckworth (Princeton 1952), despachaba la *fabula Atellana* en sólo tres páginas de un grueso volumen; injustificable precariedad de tratamiento al que tratamos de poner remedio Aurora López y Andrés Pociña, con un desarrollo más ponderado en nuestra *Comedia romana* (Madrid, 2007, pp. 23-26 y 287-305). Sin embargo, el gran estudio de la *Atellana*, convertido para siempre en obra de referencia inexcusable, se producía en las dos ediciones publicadas por Paolo Frassinetti, la primera de ellas con el título *Fabularum Atellanarum fragmenta* (Turín 1955), publicada en el ya hace años desgraciadamente desaparecido «Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum», la segunda con doble título italiano y latino *Le Atellane / Atellanae fabulae* (Roma 1967), sensiblemente ampliada, con traducción italiana de todos los fragmentos, y enriquecida con un excelente estudio sobre «La lingua delle Atellane e dei Mimi», de Giuliano Bonfante.

Sin entrar en otras aportaciones de no tanto relieve, esta era nuestra situación para acercarnos al estudio de la *Atellana* a finales del siglo XX, cuando en el ámbito de la «Editio Plautina Sarsinatis» y de las «Lecturae Plautinae Sarsinates», se tomó la excelente resolución de dedicar dos jornadas distintas de estudios, en 2009 y 2011, respectivamente a la *Atellana* literaria y a la preliteraria. Fruto de la primera de ambas fue el volumen, editado igualmente por R. Raffaelli y A. Tontini, *L'Atellana Letteraria* (Urbino 2010), magnífico libro, ya imprescindible, sobre la *Atellana* del siglo I a. C. y sus dos grandes cultivadores. Dos años más tarde, tiene lugar una jornada dedicada exclusivamente al aspecto, mucho más complicado que el anterior, de la *Atellana* preliteraria, cuyas actas se recogen en el volumen que queremos comentar.

Forman el conjunto seis trabajos exclusivamente, cuyos autores y títulos sin duda nos servirán de forma óptima para indicar el contenido y el interés de esta obra: Peter G. McC. Brown, «Greek Comedy and the *Atellana*» (pp. 7-27); Alessandra Coen, «Appunti sul teatro etrusco» (pp. 29-60); Anna Santucci, «L'Atellana nella cultura figurativa. Presenze / assenze e consonanze di temi» (pp. 61-93); Salvatore Monda, «La preistoria dell'Atellana nelle fonti storiche e letterarie» (pp. 95-124); Fabrizio Loffredo, «Preletterario, popolare, contadino. Tre categorie 'atellaniche' in cui riflettere. I» (pp. 125-139); Maurizio Bettini, «Preletterario, popolare, contadino. Tre categorie 'atellaniche' in cui riflettere. II» (pp. 125-162).

Caracterizan a los seis trabajos su común naturaleza de tratamientos rigurosos, profundos y bien documentados de aspectos fundamentales de la Atellana preliteraria, lo cual hace que su lectura exija sin duda una cierta sintonía con los temas revisados, siempre problemáticos y siempre sujetos a controversia: tengamos presente como punto de partida que al hablar de Atellana preliteraria, desde una perspectiva tradicionalmente consagrada que divide a este tipo de comedia en dos etapas, la anterior y la siguiente a la conservación de fragmentos, nos enfrentamos a una carencia total y absoluta de cualquier resto literario, lo que arrastra necesariamente a un carácter muy conjetural de nuestros estudios y conclusiones. Los autores y autoras de los trabajos contenidos en este volumen insisten con frecuencia sobre esta dificultad hallada en sus planteamientos.

La Atellana no es un fenómeno teatral aislado: en sus conexiones con otras culturas literarias, la griega y la etrusca, y en su relación con las comedias *palliata* y *togata* de los romanos, estriba uno de sus aspectos más interesantes, que más despiertan nuestro interés y nuestra atención. Estas relaciones de la Atellana preliteraria son abordadas con detalle en esta obra, con desarrollos interesantes y conclusiones curiosas que nos exigirían muchas páginas para poder ofrecer un resumen y una crítica detallados: así, en el aspecto de la relación de la Atellana con la comedia griega, desarrollado por Brown, el autor no se limita a la tradicional consideración de los «Phlyakes» y de «Rhinton», siempre presentes, con mayor o menor extensión en los estudios precedentes, sino que presta un interés especial a Epicarmo y a otros cómicos griegos; es lástima que, una vez más, la falta total de restos no pueda ofrecerle un sustento firme a sus planteamientos.

Distintuir qué había de griego, qué de osco, qué de etrusco, en la Atellana preliteraria se convierte en duda a cada paso cuando, a falta de textos literarios, hemos de recurrir a la Arqueología, a las reproducciones de escenas teatrales, como instrumento fundamental de información. Para poner en relación la Atellana de los tiempos anteriores al siglo I a. C. con el teatro etrusco, Alessandra Coen se sirve de forma muy adecuada sobre todo de las pinturas etruscas; ahora bien, el interés que suscita su trabajo quizá se vería muy incrementado completando, por medio de las fuentes literarias, sus referencias al teatro etrusco; trabajos del tipo de nuestras «Algunas consideraciones sobre el teatro etrusco» (*Sodalitas* 2, 1981, pp. 347-360), podrían ofrecer una luz complementaria a la que Coen extrae de las representaciones arqueológicas.

Gran recolección de imágenes sobre posibles personajes y escenas de la Atellana nos la ofrece, de forma muy acertada, Anna Santucci, si bien se ve necesitada de actuar con datos que poseemos a partir de la Atellana literaria, como es el de las figuras de *Bucco*, *Maccus*, *Dossennus* y *Pappus*. El interesante manejo de imágenes en su texto lo convierten en indispensable para un acercamiento de gran utilidad a la presencia de este tipo de comedia en las artes figurativas.

El campo de información que nos falta por contemplar, el de las fuentes históricas y literarias, es abordado por Salvatore Monda, que obviamente debe afrontar como dificultad fundamental, a la hora de analizar las fuentes, lo que se refiere a la Atellana preliteraria, y lo que concierne a la que llamamos plenamente literaria, es decir, la cultivada por Pomponio, Novio y algunos otros autores, en el siglo I. Me parece muy acertado que comente de nuevo el pasaje sobre el nacimiento del teatro en Tito Livio VII 2, porque, al igual que Monda, lo considero fundamental, de contenido mucho más rico y trascendente de lo que muchas veces se opina.

Fabrizio Loffredo y Maurizio Bettini nos llevan, ambos, pero por vías distintas, a una reconsideración de la definición de la Atellana preliteraria como un espectáculo vulgar, tosco, zafio, agreste, partiendo de un planteamiento derivado de su origen popular, primitivo, propio de un pueblo agrícola, poco cultivado. Este modo de interpretar la Atellana remonta a estudiosos tan notables de la literatura y la cultura romana como Otto Ribbeck, Theodor Mommsen, Friedrich Schlegel, Friedrich Leo y Eduard Norden, y ha determinado siempre una toma de postura previa a nuestro acercamiento a este subgénero cómico romano, tanto en su etapa preliteraria como en la literaria, que quizá debería ser profundamente revisado. Muy de acuerdo con las consideraciones de Loffredo y Bettini, pienso que nuestro tradicional prejuicio severo contra la rusticidad de la Atellana romana, de base obvia en consideraciones propias del Romanticismo alemán, puede transformarse bastante desde una perspectiva propia de nuestros días, por ejemplo en comparación con ciertos tipos de teatro europeo y americano hoy en boga.

ANDRÉS POCIÑA
Universidad de Granada

IV. *Historia, religión y sociedad*

GOULET-CAZÉ, MARIE-ODILE, *Cynisme et christianisme dans l'Antiquité*. Textes et Traditions 26, Paris, Vrin, 2014, 250 pp.

Goulet-Cazé, autoridad de reconocido prestigio internacional en el estudio del cinismo antiguo, dedica esta monografía a la compleja cuestión de las posibles relaciones entre cinismo y cristianismo en la Antigüedad¹⁴. En ella ofrece al lector mucho más de lo que su título en principio anuncia, en la medida en que, para poder analizar

¹⁴ La autora había presentado ya las líneas fundamentales de su investigación en este campo en el artículo «Kynismus» del *Reallexikon für Antike und Christentum* XXII, Stuttgart 2008, col. 631-687.

con las mejores garantías metodológicas su objeto de estudio concreto, se impone dos tareas previas de no menor complejidad. En primer lugar, exponer cómo se presentaba y se definía la filosofía cínica, tarea extremadamente ardua ya que implica enfrentarse a casi diez siglos de historia a lo largo de los cuales encontramos filósofos cínicos, con los cambios socio-históricos producidos a lo largo de todo ese tiempo (en particular en el paso del mundo helenístico al Imperio romano), e intentar discernir lo que podían tener en común todos estos cínicos, surgidos además en ámbitos culturales muy diversos (cultos o populares), que se consideraban seguidores de Diógenes el Perro. En segundo lugar, como condición previa para poder valorar la posible caracterización de Jesús y sus más inmediatos seguidores como cínicos, la autora analiza con detalle todos los testimonios transmitidos por la tradición literaria antigua que pudieran probar la existencia de contactos históricos concretos entre cinismo y judaísmo.

Así pues, Goulet-Cazé aborda en la primera parte del libro (pp. 9-97) el estudio del cinismo en las épocas helenística e imperial, aunando la mayor profundidad, precisión y rigor con una extraordinaria capacidad de claridad y de síntesis que sólo puede ofrecer quien conoce tan a fondo como ella tanto la tradición antigua como la bibliografía moderna. Para trazar la historia del movimiento cínico, tras considerar el contexto en que surgió este en la Grecia del s. IV a. C. (crisis de la polis, sociedad de fuertes contrastes, necesidad de afirmación del individuo), repasa los datos disponibles sobre las primeras generaciones de cínicos y sus principales figuras de los s. IV-III a. C.: Antístenes de Atenas, Diógenes de Sinope, Crates de Tebas, Hiparquia de Maronea, Menipo de Gádara, Bion de Borístenes, Cércidas de Megalópolis y Teles. Contrariamente a lo que pensaron algunos estudiosos, afirma que la tradición cínica perduró en los s. II-I a. C., como testimonian sobre todo el poeta Meleagro de Gádara o las cartas pseudo-epígrafas atribuidas a los cínicos. Expone cómo luego, en época imperial, el cinismo conoció en Roma un extraordinario desarrollo, convirtiéndose en la filosofía popular por excelencia. Las figuras más relevantes de esta época fueron el amigo de Séneca Demetrio (s. I d. C.), Demonacte de Chipre, Peregrino Proteo (s. II d. C.), Enomao de Gádara (II/III d. C.), Máximo Herón de Alejandría (s. IV d. C.) y Salustio, originario de Siria, el último cínico conocido (ya en el s. V d. C.). Seguidamente Goulet-Cazé hace una descripción pormenorizada del cinismo *diogeniano*: destaca la herencia filosófica que Diógenes recibió de Antístenes (predominio de los actos sobre las palabras, importancia del esfuerzo y del autodominio) y que él llevaría a sus consecuencias más extremas; analiza el apelativo de «Perro» (que ya recibiera su maestro), que acabaría simbolizando la búsqueda de una vida conforme a la naturaleza, en la que el cínico, con su felicidad hecha de autosuficiencia, libertad e impasibilidad, ocuparía un lugar intermedio entre el referente teórico y mítico de la divinidad (respecto a la religión misma los cínicos antiguos parecen haber adoptado sobre todo una actitud agnóstica) y el ejemplo de los animales. Por

lo demás, destaca Goulet-Cazé en el cinismo diogeniano la práctica de un entrenamiento (ascesis) corporal con finalidad moral y la *falsificación* de los valores, es decir, la radical negación de la civilización y de las convenciones sociales, que llevó a Diógenes a componer una singular *República*, donde su encendida defensa de la naturaleza comportaba (sin duda en el plano de la pura coherencia teórica) la aceptación de prácticas especialmente escandalosas como la antropofagia o el incesto (aceptación que estaba destinada a ser presa fácil de todo tipo de tergiversaciones y exageraciones por parte de adversarios paganos y cristianos). Esta *falsificación* se traducía en el plano político en un cosmopolitismo negativo preocupado sólo por la libertad individual, según una especie de anarquismo libertario. En el plano literario, se traducía sobre todo en la importancia que adquirieron en la tradición literaria de los cínicos el estilo *serio-cómico* y el género de la *chreia*, con sus dichos ocurrentes acompañados a menudo de un marco narrativo de extensión variable y presididos siempre por la utilidad práctica. Por último, en el plano filosófico, se traducía en un rechazo de todo intelectualismo y dogmatismo y en general de la cultura tradicional. De este modo, la ascesis diogeniana podía ser vista como un «atajo hacia la virtud», según la expresión de Apolodoro de Seleucia (s. II a. C.). Frente a la vía larga representada por la adquisición de la cultura enciclopédica y por la búsqueda afanosa e inútil de los refinamientos de la civilización, los cínicos se limitan exclusivamente a la ética, y ello además según unos simples principios centrados en la autosuficiencia y la imposibilidad, que se conquistan día a día a través del entrenamiento en los esfuerzos conformes a la naturaleza humana, los únicos útiles, y que pasan por la asunción plena de la pobreza y de la independencia también con respecto a cualquier otro individuo. Según la interpretación de Goulet-Cazé, la ascesis cínica comportaría asimismo un nivel superior, aún más rigorista, que permitiría hacer frente con la misma imposibilidad a la cara más dura de la naturaleza, cuando esta adopta una apariencia de Destino a través de la enfermedad o de la muerte, lo que explicaría ciertos gestos con los que Diógenes pone a prueba su cuerpo más allá de la naturaleza humana. Sólo así encuentra el cínico, mediante la falsificación radical de los valores, la fuente de la felicidad y del placer auténticos, ya que, paradójicamente, el cinismo se define como un eudemonismo y un hedonismo. Finalmente, en su relación con los demás, las armas del cínico son el absoluto rechazo de la opinión común y la plena libertad de palabra.

En la época imperial, Goulet-Cazé insiste en que el panorama resulta mucho más complejo y variado, comenzando por el hecho de que confluían entonces tres concepciones diferentes del cinismo, según un debate que remontaría a la época helenística: la de un cinismo como escuela de pensamiento propiamente dicha (concepción defendida en el s. III d. C. por el biógrafo Diógenes Laercio, nuestra principal fuente sobre los cínicos), la de un cinismo como un mero modo de vida puesto en práctica desde el propio cinismo (defendida por el historiador de la filosofía y biógrafo Hi-

póboto, cuya cronología fluctúa entre el final del s. III y el final del I a. C.) y la de un cinismo como un modo de vida compatible con otros posicionamientos filosóficos o con el cristianismo (defendida por Varrón en el s. I a. C. y retomada por Agustín en el s. IV d. C.). A ello se uniría un factor sociológico, que permitiría distinguir un cinismo culto, representado por figuras como Enomao o Demetrio, y otro popular, del que tendríamos un testimonio más directo y fiable en las ya citadas cartas atribuidas a los cínicos y otro más tendencioso y sospechoso en obras (como las de Luciano) que describen sobre todo la figura del cínico como parásito y charlatán¹⁵. Una mayor complejidad vendría por las relaciones que se establecen en época imperial entre el cinismo y el estoicismo. Este último, que había surgido del cinismo en el s. III a. C. (Zenón fue discípulo de Crates), pronto adquirió una entidad filosófica propia, mucho más sofisticada (no limitada a la ética y con una ascesis más orientada hacia el ejercicio espiritual), frente a la cual el cinismo pudo pronto ser considerado como un atajo (cf. *supra*). Las relaciones de los estoicos con su herencia cínica debieron de ser difíciles desde el principio y siguieron siéndolo en época imperial: unos, como Musonio, pudieron considerar el atajo cínico como una vía posible, junto con el estoicismo, para llegar a la sabiduría; otros, como Epicteto, idealizaron el cinismo primitivo reinterpretándolo desde un punto de vista estoico al mismo tiempo que rechazaban el cinismo contemporáneo; y otros llegaron a reconocer figuras excepcionales entre los cínicos de su tiempo, como Séneca su amigo Demetrio. Junto al estoicismo, el otro gran elemento que, según Goulet-Cazé, complica el panorama del cinismo imperial fue el surgimiento entonces de una religión nueva, el cristianismo, que en cierto sentido resultaba tan revolucionario como el cinismo y cuya moral comportaba aspectos que podían acercarla a la cínica.

En la segunda parte del libro (pp. 98-120), la autora detecta contactos directos y dilatados entre cinismo y judaísmo en Gádara (con Menipo, Meleagro y Enomao), así como contactos literarios testimoniados en autores como Filón de Alejandría y Flavio Josefo, y plasmados también en la literatura rabínica que identifica de modo simbólico Abnimo con Enomao y en otros testimonios talmúdicos que muestran la influencia del anecdotario cínico.

La tercera parte (pp. 121-174) está centrada ya en la cuestión de las eventuales relaciones entre Jesús y el cinismo, concretamente a través de la consideración de

¹⁵ En cambio, la distinción afirmada por la crítica entre un cinismo rigorista y otro eudemonista o hedonista, según una doble rama que habría existido desde el principio del movimiento, la considera Goulet-Cazé acertadamente infundada. La ascesis cínica sería siempre rigorista, y sería la falsificación de los valores, que permite al cínico entre otras cosas extraer placer allí donde el hombre común ni siquiera lo concibe, la que explicaría las manifestaciones de tipo hedonista. Lo único que se podría afirmar es la existencia de variaciones en función del talante personal de cada cínico.

la hipotética Q, que representaría, como es sabido, junto al Evangelio de Marcos, la fuente común de los evangelios de Mateo y de Lucas. Goulet-Cazé, tras analizar los argumentos de la abundante crítica al respecto, concluye que es posible (a la vista de motivos y estructuras similares) que los autores de Q tuvieran conocimiento de colecciones de anécdotas griegas, y quizá incluso concretamente cínicas. Invita en cualquier caso a la prudencia, sobre todo porque el tono de Q nunca es el mismo que el del anecdotario cínico y carece en particular de la mordacidad y del sarcasmo propios de este. En cambio, respecto a la hipótesis también formulada por la crítica de una influencia de la biografía cínica helenística, Goulet-Cazé, tras negar en primer lugar la existencia de dicho género cínico como tal, afirma que el cuadro biográfico en Q es mínimo, por no decir inexistente. Por otro lado, analiza con gran detenimiento y objetividad la llamada «hipótesis cínica» (defendida entre otros muchos por F. G. Downing o los miembros del llamado *Jesus Seminar* fundado en 1985 por R. W. Funk), según la cual el propio Jesús y sus discípulos habrían sido cínicos o al menos habrían estado influidos de un modo u otro por el cinismo en la Galilea del siglo I. Al respecto, considera que el planteamiento más objetivo y prudente es el de J. S. Kloppenborg. Reconoce la utilidad y el interés de los paralelos, como un instrumento más de la exégesis, pero sin que podamos llegar a afirmar influencias directas, y debiendo siempre ir más allá de las similitudes superficiales.

Respecto al caso de Pablo, Goulet-Cazé destaca sobre todo el interés de los trabajos de A. J. Malherbe, que son en su opinión los que más han contribuido a aclarar las relaciones del apóstol con las filosofías populares y en particular con el cinismo: Pablo no era un cínico y, como fundador de comunidades, no compartía el individualismo de los cínicos, pero utilizaba rasgos tomados de la tradición cínica (como la imagería del armamento moral de Antístenes) adaptándolos a su perspectiva de fe, centrada en el poder de Dios, y no, como en los cínicos, en la confianza del individuo; maneja los motivos de la tradición exhortativa griega, pero como portavoz del mensaje divino, por lo que su libertad de palabra no tiene nada de cínica; en general, las diferencias entre Pablo y los cínicos son notables, aunque los métodos que aquel emplea son los de la filosofía popular. Concluye por su parte Goulet-Cazé que estamos en presencia de un fondo socio-cultural común marcado por el cinismo pero también por el estoicismo al que se podía recurrir para expresar las propias ideas y convenciones, sobre todo religiosas, sin que por ello se declarase una pertenencia a dichas filosofías.

En la cuarta y última parte (pp. 175-215), aborda de un modo más general las relaciones entre cinismo y cristianismo en el Imperio: comparación o incluso asimilación (más o menos superficial) de los cínicos y de los cristianos, tanto por parte de los paganos como de los cristianos; relaciones de oposición recíproca, tanto en los hechos (por ejemplo, el caso del cínico Crescencio y su posible responsabilidad en el martirio de Justino y sus discípulos en torno al 165, o la rivalidad entre cínicos y

monjes en Antioquía en el 387) como en las opiniones (crítica cristiana del cinismo por parte de Padres como Teófilo de Antioquía, Taciano, Agustín, Paladio; actitudes ambivalentes en otros como Clemente de Alejandría, Orígenes, Basilio de Cesarea, Juan Crisóstomo, Jerónimo, Nilo de Ancira o Teodoreto de Ciro). Tras estudiar con especial detalle el caso de cínicos que eran al mismo tiempo cristianos, como Peregrino Proteo (s. II d. C.) y Máximo Herón (s. IV d. C.), Goulet-Cazé concluye que ambos movimientos compartieron un cierto número de valores (como la preocupación por la autenticidad y el rechazo de la vanagloria) y una serie de comportamientos (como la ascesis, la franqueza y la práctica de la pobreza), y que no extraña, por tanto, que un autor como Agustín aceptara que un cínico se pudiera convertir en cristiano a condición de abandonar sus falsas doctrinas y la indecencia. En cambio, la doble pertenencia (como atestiguan los casos citados) sólo debió de producirse, según Goulet-Cazé, mediante la práctica de un cinismo superficial.

Por último, analiza la autora el caso de las relaciones entre cinismo y monaquismo, preguntándose si puede afirmarse, como se ha hecho, una influencia directa del primero en el segundo. Al respecto, reconoce legítimo establecer un paralelo entre los filósofos paganos y los cínicos, por un lado, y los monjes cristianos, por otro: ambos tenían en común una ascesis basada en el cuerpo, aunque con una finalidad moral en el caso de los cínicos y más concretamente espiritual en el caso de los ascetas cristianos; y ambos rechazaban la cultura tradicional. Sin embargo, los separaba claramente el impudor de los cínicos, así como el sometimiento de los cristianos a la voluntad de Dios frente a la afirmación del yo por parte de los cínicos, que era juzgada por aquellos como pura vanagloria. Goulet-Cazé llama la atención también sobre la influencia que debió de seguir ejerciendo sobre la literatura cristiana (como ya en sus inicios sobre Q) el anecdotario cínico, y que podría explicar muchos motivos paralelos (por ejemplo, en la vida de Simeón, monje sirio del s. VI d. C., escrita por Leoncio). En consecuencia, más que hablar de una influencia real del cinismo sobre el monaquismo, considera Goulet-Cazé que debemos ver aquí dos manifestaciones, a veces rivales, del ascetismo antiguo, con rasgos comunes ciertamente pero también con diferencias aún más importantes.

Cierra la autora este profundo y preciso recorrido por las relaciones entre cinismo y cristianismo con un apartado de conclusiones (pp. 217-220), donde, reconociendo el carácter del todo justificado de la puesta en relación de ambos movimientos (como muestran en particular los casos de doble pertenencia), insiste con gran acierto en la necesidad de ser prudentes en la comparación y de evitar simplificaciones excesivas en la visión del cinismo. Se puede afirmar así una relación de los autores de Q con los cínicos, pero lo que resulta más interesante es constatar cómo ambos grupos pudieron mantener relaciones de concurrencia, como sucedería después en el caso del cristianismo y del monaquismo de los primeros siglos, en la medida en que ambos, cínicos y cristianos, deseaban ofrecer a sus

contemporáneos un mensaje radical que exigía una puesta en práctica inmediata, y en la medida en que ambos afirmaban la igualdad entre los hombres, elogiaban la pobreza o la necesidad de la plena coherencia entre actos y palabras. La relación debió de ser sin duda apasionada, tensa y conflictiva, y debió de fluctuar en particular en el caso de los cristianos entre la fascinación por los cínicos y el rechazo sobre todo de su impudor y de su prepotente individualismo.

Una exhaustiva bibliografía (221-232) y un utilísimo índice de pasajes (233-246) ponen el broche final a esta magnífica monografía que, sin agotar sin duda como la autora misma reconoce el examen de las relaciones entre cinismo y cristianismo, resulta evidente que lo ha hecho progresar de un modo extraordinario, comenzando por su énfasis en la importancia de los aspectos metodológicos y en la necesidad de evitar todo empleo abusivo de semejanzas superficiales y todo prejuicio ideológico del tipo que sea.

PEDRO PABLO FUENTES GONZÁLEZ
Universidad de Granada